

1

La melodía restalló sonando más retumbante y empalagosa que de costumbre, tan incisiva que pareció atravesarle la cabeza desde diferentes ángulos y la arrancó bruscamente de un sueño profundo. Sin llegar a despegar los párpados consiguió alcanzar a tientas el móvil para silenciarlo y poner fin así a la breve tortura acústica, aquel recordatorio premeditado de la realidad del día después. Le dio la sensación, todavía sacudida por el aturdimiento de los primeros instantes de consciencia, de que su propia respiración le llegaba desacompasada y con apenas la justa cantidad de aire para que sus pulmones no se quedasen vacíos, como en un efecto de resistencia de parte de su cuerpo a despertarse. Notaba la lengua reseca, pastosa, con sabor a raíz. Se concedió unos segundos a sí misma para tener garantías de que sus extremidades responderían al intento de incorporarse, mientras comenzaba a asumir la ineludible certeza del motivo por el que había programado la alarma.

Al fin abrió los ojos, aún con la memoria de los destellos caleidoscópicos que veía al tenerlos cerrados, y con una lentitud asíncrona y plomiza se puso en pie. Inspiró hondo y atusó su melena hacia atrás, masajeándose levemente las sienes para intentar aliviar el intenso malestar que no se desacomplaba de su interior. El cabello se le había impregna-

do del olor húmedo y avinagrado de la colchoneta. Percibió una frialdad cruda en las manos, también en los pies, pese a no haberse despojado de las botas en ningún momento. Un hormigueo enfermizo y eléctrico centelleaba a lo largo de las zonas de su cuerpo por las que la sangre todavía no circulaba con plenitud. Tras consultar el reloj de la pantalla del móvil, calculó que había dormido dos horas, si bien parecían haber sido apenas diez minutos. Entre las cortinas de aquella estancia desconocida la luz que se colaba era escasa, aunque suficiente como para poder distinguir a Ludo y a su ligue de una noche abrazados e inertes en el sofá, como si la alarma nunca hubiera sonado. No sin dificultades para consolidar su verticalidad, pasó ante ellos con cuidado de no hacer ruido con los tacones y sorteó sillas, mesas y un par de colchones ocupados por bultos de los que surgían ronquidos discontinuos. Encontró la cocina, como quien encuentra un refugio en un bosque oscuro, y accedió a ella deseosa de unos tragos de agua que aliviasen la aspereza de su garganta. Cubriendo la encimera se amontonaban cajas de *pizza* vacías, envoltorios plásticos, cubos de cartón de comida asiática y latas abiertas de medio litro de cerveza barata. No quedaba ningún vaso limpio en el mueble situado en la altura superior del fregadero, en el que el óxido se extendía a lo largo de su soporte metálico. Sobre la mesa, que presentaba varias manchas circulares con aspecto pegajoso, sobrevivían tres copas usadas junto a una botella de Jägermeister en los últimos restos. Enjuagó una de ellas y deglutió con ansia el agua del grifo que se sirvió por dos veces. Escuchó entonces, procedentes del pasillo, un tosido femenino y unos pasos menos disimulados que los suyos y cada vez más cercanos.

—Tú venías en el taxi anoche, creo recordar —dijo con voz quebrada la muchacha recién asomada al quicio de la puerta de la cocina.

—Sí, anoche. O esta mañana, como quieras decirlo —respondió justo antes de dejar la copa en el fregadero.

—Amiga de Ludo, supongo. ¿Tu nombre era...?

—Me llamo Alma.

Permaneció con su mirada analítica clavada en Alma, sin parpadear, como si se le hubiesen congelado sus finas pestañas, anaranjadas igual que su cabello y casi imperceptibles. Predominando sobre sus facciones delebles y arlequinascas, más si cabe bajo la tenuidad del neón de la cocina, era en las tachuelas punzantes de los extremos de sus cejas y el aro que pendía del ápice de su nariz donde su rostro encontraba mayor definición. El viejo jersey a rayas de talla desproporcionada que vestía solo dejaba a la vista la parte inferior de sus piernas, desde sus rodillas huesudas hasta sus pies. Con el empeine del izquierdo se frotó el gemelo derecho. Fue su único movimiento antes de volver a hablar.

—Alma, sí, es posible que me lo dijeras anoche... o esta mañana —contestó con un tono reflexivo y desgano, tamborileando con los dedos en la puerta—. Yo soy Nanna. La verdad es que no sé ni quién es la mitad de la gente que se ha quedado a dormir. Por cierto, no vayas al cuarto de baño grande. Alguien lo ha llenado de vómitos y está hecho un asco. Si quieres un consejo, en caso de que necesites ir, usa el pequeño, el que está al fondo del pasillo. A no ser que... En fin, espero que lo de los vómitos no haya sido cosa tuya.

—No, no he sido yo. Y gracias por la recomendación, pero de todas formas creo que no voy a usar el baño. En realidad debería irme ya mismo. Tengo un vuelo que sale en menos de tres horas, y antes debo pasar por mi casa para recoger la maleta. Voy un poco mal de tiempo. ¿Le podrías decir a Ludo de mi parte que...? Bueno, no importa. Ya le enviaré un mensaje. Vives aquí, ¿verdad?

—Vivo aquí. —Hizo una pausa, entonces sí, con una bajada de párpados, como si la pregunta le hubiera parecido innecesaria, y Alma percibió en el tono circunspecto de la respuesta cierta desazón por no haber dejado suficientemente claro quién estaba en sus dominios y quién era la invitada—. Somos cuatro compañeros de piso, oficialmente. Aunque en la práctica es como si viviésemos cinco, porque

el novio de Albin pasa en este piso más horas que yo. ¿Conoces a Albin?

—¿Es el de las rastas?

—No, no, el de las rastas es Niklas. Niklas es hetero, al menos que yo sepa. Albin es el rubio de gafas. Creo que estaba en el salón cuando llegamos anoche. Es que fue una buena la que se lio aquí ayer. Demasiada gente. Y eso que era miércoles.

Alma asintió con la cabeza y ensayó fallidamente un inicio de frase para corresponder al comentario. El tiempo que faltaba para el despegue de su vuelo, recordado en voz alta por ella misma, ya estaba corriendo. Se le figuró manifestado en un gran cronómetro en marcha cuyas agujas avanzaban con impulsos inflexibles a cada segundo.

—Oye, lo siento pero, como te decía, tengo que marcharme ya. No sé si me podrías ayudar, estoy un poco desorientada. ¿Estamos cerca de Hermannplatz?

—Más o menos. Quieres llegar al metro, ¿no?

—Sí. Si me pudieras dar un par de indicaciones para no dar rodeos y así llegar lo antes posible, porque no conozco bien estas calles...

—Claro, mira, cuando salgas del portal, gira a la derecha en la primera. Y después es recto, recto, recto —explicó gesticulando apocadamente con ambas manos con un movimiento casi robótico—. No tiene pérdida. Tú misma verás los toldos de la plaza y todo eso.

Alma le dio las gracias y se apresuró a enfilear el pasillo. Más con un rumor que con palabras inteligibles, Nanna se ofreció para acompañarla hasta la puerta. Cuando estaban a punto de alcanzar la entrada de la vivienda, salió de una de las habitaciones un grandullón imberbe con el torso desnudo y un cigarro en la boca. Miró a Alma y profirió una frase que ella no comprendió y que apenas le hizo desacelerar el paso. Tras el fornido brazo del joven, se asomó una cabeza femenina con el cabello rasurado en los laterales y dos trenzas que

le caían por delante de las orejas. Sonrió con ojos vidriosos y se aclaró la garganta antes de hablar.

—No le hagáis caso. Tiene la mala costumbre de hablar en húngaro cuando se levanta de resaca.

—No hay problema —dijo Alma sin dar importancia a la situación, más preocupada por abandonar el lugar cuanto antes.

La chica accedió finalmente al pasillo, descalza y envuelta en una manta llena de pelusa.

—¡Ah! Ya te recuerdo de anoche. Estabas en el club, con Ludo. Si me ves otro día, ven a saludarme, ¿vale? Y si necesitas pastillas solo tienes que guiñarme un ojo, que yo te conseguiré lo que quieras.

—Está bien. Gracias por dejarme dormir aquí. Ahora ya me voy. Se me ha hecho tarde.

—No hay de qué. Me gusta tu acento.

—Se llama Alma y tiene que coger un avión. Yo no sé si sería capaz de volar tal y como estoy. ¿Te imaginas? —comentó Nanna dirigiéndose a la otra chica con un tono mucho más airoso y desenfadado que el que había empleado con Alma, y que denotaba una deliberada complicidad entre ellas, al tiempo que el grandullón volvía a meterse en el dormitorio emitiendo un eructo rotundo y animalesco.

Sin demorarse más en la despedida, Alma descendió hasta el portal por los vetustos peldaños de madera dejando atrás el eco de sus pisadas. Solo cuando respiró el aire exterior al salir cayó en la cuenta de lo viciado que estaba el ambiente en aquella vivienda, pese a la altura de su techo y la amplitud de sus dimensiones, características propias de la mayoría de los pisos rehabilitados de la ciudad, vestigios de otra época. La temperatura a cielo abierto no era del todo desagradable. La bonanza del final de la mañana neutralizaba el frío de un abril tramposo.

Durante el trayecto en metro, ya sentada tras su caminata a paso acelerado, se mantuvo cabizbaja, retraída ante la reverberación de las ventanillas, esquivando los rostros

de todas las personas que habían aprovechado la oportunidad de descansar debidamente mientras ella dejaba volar la noche en un enorme club de *techno* y *trance* ubicado en el espacio de una antigua nave industrial. Los haces de luces de colores, a veces cortantes, a veces con irisaciones que parecían derramarse, y los ritmos espasmódicos a máximo volumen, extáticos hasta la hipnosis y mezclados a intervalos asordados con su propia resonancia, todavía seguían latentes en su recuerdo cercano, rociado con el olor corporal del robusto desconocido con el que acabó compartiendo unos minutos furtivos en los sórdidos aseos; todo ello después de haberse tragado la pastilla azul cielo de la que tanto hablaban las lenguas bien informadas. Intentó desprenderse de aquellas imágenes, así como de los ecos de resuellos y ráfagas de manoseos que le sobrevinían acompañados de convulsiones auditivas a ciento veinticinco pulsaciones por minuto. Era consciente de que las circunstancias la obligaban inexorablemente a centrarse en la realidad del nuevo día, que desde luego no era un día cualquiera, y a asumirla. El irregular traqueteo del vagón hacía que los mechones de su flequillo pendulasen sobre su mirada perdida en la pared pintarrajeada. En un lateral, los carteles cuyas inscripciones ya conocía de memoria después de haberlas leído en incontables ocasiones para mejorar su alemán durante sus primeros meses en la ciudad; en el asiento de enfrente, dos hombres taciturnos de mediana edad mascullaban frases en árabe. Consultó otra vez la hora. Llegaba el momento de abandonar Berlín durante unos días para reencontrarse con su familia o, en todo caso, con lo que su madre entendía por el concepto de familia.

La tarde anterior, cuando se preparaba para salir de fiesta, había recibido la llamada de rigor para repasar una vez más el horario de llegada del vuelo y las recomendaciones acerca de la ropa que le sería necesario llevar en la maleta y la que no. Escuchar la voz materna la retrotraía al pasado, al piso en el que había crecido: el salón con el mueble

de madera oscura lleno de figuritas inútiles, el pasillo poco iluminado, el dormitorio pequeño y claustrofóbico. En su mente persistía como un espacio hermético, opresivo, que empezaba a envejecer mal por dentro y por fuera, que se empequeñecía y se compactaba en medio de aquel inmenso bloque de ladrillos tristes que había tenido la valentía de dejar atrás y en el que visualizaba a su madre sentada en el sofá conformándose, forzándose a la convicción de que se trataba de un hogar decente y acogedor. El nido por antonomasia, el cobijo, la madriguera a la que tanto Alma como su hermana estaban siempre invitadas a regresar, del mismo modo en que había regresado él un número de veces que ya parecía casi indefinido.

—¿Quieres que te pase con papá? —le había preguntado cuando ambas eran conscientes de que la conversación estaba llegando a su fin.

—Ni quiero que me lo pases ni me gusta que te refieras a él como mi padre, ya lo sabes. Bastante tendré con verle la cara durante unos días.

—Ay, cariño. No sé cómo eres así. Esas no son maneras...

—Disculpa mi sinceridad. ¿Qué quieres? ¿Que te mienta?

—Bueno, cielo, te pido solo un esfuerzo al menos estos días para que haya buen ambiente. Hazlo por tu hermana, es un momento especial para ella.

—Precisamente es por ella por quien voy a hacer el esfuerzo de ir.

—Además, como ya te dije el otro día, últimamente las cosas están mucho mejor y...

—Ahora tengo que dejarte. Si, total, mañana por la noche ya nos vamos a ver en persona y tendremos tiempo para hablar. Estas llamadas no son baratas.

—Claro, tesoro. Mañana ya nos vemos, claro que sí. Acuéstate temprano, ¿vale? Que tengas buen viaje. Y dame

una pérdida cuando aterrice el avión. Así me quedo más tranquila.

Suspiró después de colgar. Pensó en aquellas tres palabras que su madre siempre empleaba para dirigirse a ella: cariño, cielo y tesoro. Le sonaban vacías, eufemísticas, artificiales, como escritas por un guionista de telenovela barata. Cariño, cielo, tesoro. Ansiaba escucharle decir su nombre a modo de vocativo, aunque fuese por una vez. Pero no quiso perseverar en los pensamientos negativos hacia ella. Sabía que a veces se reblandecía al reflexionar y reconsiderar que ya tenía bastante con lo suyo, que estaría perdida en el sufrimiento, anulada por un marido al que no parecía acabársele el catálogo de disgustos y humillaciones. En todo caso, aun consciente de que no podía borrar el hecho de que ese hombre fuese su padre tanto en el sentido biológico como en el administrativo, tal y como patentizaban su color de ojos y su apellido, Alma se esforzaba en recordarse a sí misma que habían pasado demasiadas cosas durante demasiados años como para concederle un lugar en el espacio de la aceptación. Todo se había vuelto más llevadero desde el momento en que se mentalizó para vivir con la renuncia y el olvido, por más que su madre decidiera darle más oportunidades.

Con ese recuerdo del día previo, aquella llamada incómoda con la que se tocaban las puntas de los dedos el pasado remoto y el futuro inmediato, emergió apresurada de la boca de su parada de metro tras volver a consultar el móvil y calcular el tiempo del que disponía. Giró la llave con firmeza, abrió la puerta y avanzó con pasos enérgicos por el pasillo sin preocuparse por el ruido. A aquella hora de la mañana ninguna de sus dos compañeras de piso estaría presente, pues ambas salían de casa mucho antes para dirigirse a sus respectivos puestos de trabajo. Era consciente de que iba con los minutos justos para llegar al aeropuerto, de modo que con máxima celeridad bebió más agua, se dio una ducha superficial sin mojarse el cabello y procedió a vestirse, pintarse los ojos y los labios y cerrar la maleta que esperaba

abierta sobre la cama en medio del habitual desorden de su cuarto. Del habitual desorden de todo.

II

Aquel gimnasio olía a pies sudados y al moho que brotaba del tatami. Odié ir a taekwondo desde el primer día. Seguramente lo odié incluso antes del primer día. Todos los niños tenéis que hacer algo de deporte, así que si no te gusta el fútbol, pues entonces vas a taekwondo y punto, decía mamá. Y casi mejor el taekwondo, fíjate, que en invierno no pasas frío ni llegas todo mojado por la lluvia. Y, además, podrás aprender a defenderte para cuando en el cole se metan contigo. Si ella supiera... Se hubieran metido conmigo de todas formas aunque estuviese yendo durante años a aquel appestoso gimnasio y tuviese ocho cinturones negros atados cada uno encima del anterior.

El maestro de taekwondo no era muy diferente a los maestros del cole. Iba a lo suyo y se limitaba a pegar de vez en cuando un par de gritos como muestra de autoridad si se formaba mucho alboroto, pero sin que nada le llegase a importar más que airear su pose firme de soldado y sus ganas de demostrar todo lo que había aprendido sobre artes marciales durante años y años de esfuerzo y disciplina. Vamos, Jorge, échale ganas, me gritaba una y otra vez. ¿No tienes sangre en las venas o qué? A veces me llamaba Jorgito, que era algo que detestaba, aunque la verdad es que no me gustaba escuchar mi nombre de ninguna de las maneras.

¡Esos pies, Jorge! ¡Esas rodillas! Se hacía muy pesado con la corrección de aquellas posturas ridículas. Nos repetía todo el tiempo lo de los ángulos para colocar los pies y ya bastante estaba teniendo con los ángulos en el colegio como para que también me diesen el coñazo con eso haciendo deporte. Ángulos, pies en paralelo. Ángulos, pies en paralelo.

Pero lo peor no era lo que pasaba en el tatami. Lo que más odiaba de ir a taekwondo venía justo después, cuando la clase terminaba y tocaba enfilar el camino hacia aquel vestuario lleno de vapores estancados y humedad pestilente. A los demás niños les daba igual desnudarse y ducharse unos delante de otros. Lo hacían con naturalidad, como si se tratase de lavarse las manos o los dientes, algo rutinario, algo de toda la vida. En el fondo envidiaba aquella naturalidad, pero nunca conseguí que saliese de mí porque no me gustaba enseñarle mi cuerpo ni al espejo. En cambio, ellos eran capaces de quitarse el puñetero *dobok* (es curioso, todavía me acuerdo de la palabra, para qué querré ese dato inútil en mi cabeza) y bajarse los calzoncillos como si nada, mientras hablaban de fútbol o del capítulo de *Los Caballeros del Zodiaco* del día anterior. Yo perdía el tiempo como podía quedándome sentado en el banco de madera y removiendo en mi mochila, bebiendo agua o doblando de nuevo la ropa que ya había doblado. Intentaba por todos los medios dejar correr los minutos para que ellos terminasen y así no coincidir en las duchas, pero a veces era inevitable porque tardaban tanto que se me acababan las estrategias y tampoco quería excederme hasta el punto de levantar sospechas. Cuando sucedía eso no me quedaba más remedio que recorrer con disimulo aquellos pocos metros de suelo resbaladizo tapando con la toalla mi cuerpecito enclenque. Las primeras veces no estuvieron muy pendientes de mí, sobre todo porque tenía la suerte de encontrar libre la ducha de la esquina, pero un día todo se fue a la mierda.

¿Os habéis fijado en el pito de Jorge? Es el pito más enano que he visto en mi vida. Anda, pues sí, qué risa. Es como

un cacahuete. ¡Lo tienes superpequeño! Jorgito, qué pequeño tu pito... Se reían como hienas. Me da asco recordarlo. Intercambiaban carcajadas mientras se aclaraban el jabón y se miraban entre ellos, simpatizando entre iguales, porque todos eran iguales entre sí menos yo. Bueno, quizás no. Aarón era diferente. O, mejor dicho, sabía diferenciarse. Aarón hacía lo imposible por destacar. Era el líder por encima de los iguales, el gallito del corral, el macarrilla ocurrente que sabe que sus tonterías van a ser reídas por los demás. Fue él quien se inventó lo del cacahuete y alguna gracia más. Tenía una mirada fija y penetrante, como si continuamente estuviera maquinando algo, con unos párpados algo caídos pero que acababan por estirarse hacia los lados dando a sus ojos un aspecto achinado. También tenía la mandíbula más desarrollada que el resto de niños de su edad. Macarrilla de gimnasio. Pequeño malote. Si te miraba era porque estaba ideando algo contra ti. A ver ese pito, Jorgito.

Nunca le quise contar el motivo a mamá, pero le pedí por favor que me dejase ducharme en casa. ¿Y qué vas a hacer? ¿Venir todo sudado del gimnasio? Eso es una guarrada. Pero con el paso de los días, a base de insistir y amenazar con no querer ir más, al final me dejó hacerlo, aunque ya era demasiado tarde. Lo único que conseguí fue que se metiesen conmigo precisamente por no ducharme y además supieron deducir el motivo. Jorgito el guarro, que no se ducha el muy cochino porque le da vergüenza su pito enano. Se va a su casa con todo el sudor encima. ¡Cacahuete sucio! ¡Pito enano sucio!

Estúpidos.